CONFUSIONES AXIOLOGICAS

AUGUSTO SALAZAR BONDY
Universidad de San Marcos, Lima

Pese a la saludable influencia de la metodología lingüística en la axiología contemporánea, persisten ciertas confusiones que operan como fuertes obstáculos epistemológicos del desarrollo de la filosofía del valor. Me propongo examinar aquí dos de estas confusiones y sus implicaciones para el filosofar analítico.

Uno de los canales metódicos más fecundos dentro del cuadro de la influencia arriba aludida ha sido el planteo central y explícito de cuestiones *semánticas* del tipo de: *¿qué quiere decir o qué significa una expresión de la forma 'X es bueno'?* En la medida en que este enfoque ha sido riguroso y consecuentemente adoptado, se ha llegado a diferenciar cabalmente —previo un mayor o menor esfuerzo de elucidación crítico-filosófica que aquí damos por conocido— las mencionadas interrogaciones de otras que tienden a ser implicadas en las respuestas a aquéllas. Se trata de cuestiones relativas a *cuándo, cómo, por qué o para qué* se formulan expresiones de la forma 'X es bueno' o de cualquiera forma equivalente en el lenguaje ordinario. Estas cuestiones (que para usar una denominación suficientemente amplia, capaz de cubrir toda inquisición sobre conexiones reales, llamaremos *genético-causales*) sirven como auxiliares e inclusive son requisitos indispensables de un buen abordaje de las *semánticas*, pero pueden plantearse por cuerda separada y de hecho así ocurre en el discurso filosófico y científico.

No piensan de este modo quienes, trabajando dentro del marco de las explicaciones del sentido de las palabras y de

las frases valorativas, aproximan tan estrechamente el planteo y la respuesta de ambos géneros de cuestiones, que inevitablemente incurren en confusiones lógicas del orden de la conocida falacia genética (que, a fin de darle asimismo un radio de aplicación más amplio, puede formularse como falacia *genético-causal*, en correspondencia con las segundas interrogaciones que aquí consideramos). Veamos algunos ejemplos clásicos de esta confusión axiológica.

La más conocida tesis pasible de tal objeción es el hedonismo subjetivista. Partiendo de la afirmación de que los hombres suelen afirmar que algo es bueno cuando experimentan placer, o mayor placer que dolor respecto al objeto en referencia, o, en versiones más radicales y exigentes de la misma tesis, dado que los hombres sólo afirman e incluso necesariamente afirman que algo es bueno cuando experimentan vivencias de placer de un determinado género —todo lo cual puede quizá fundarse en la observación y pretender por lo menos verosimilitud—, algunos filósofos han sostenido la posibilidad de analizar en términos de placer el vocablo estimativo ‘bueno’ y las frases que lo incluyen como predicado. Según esto, y descartando matices, el sentido estimativo de ‘bueno’ equivaldría al sentido descriptivo fáctico de ‘placer’.¹

El argumento de la reiteración es una manera de poner de manifiesto la endebles de esta pretendida equivalencia semántica. En efecto, es posible calificar de bueno el propio *definiens* sin redundancia alguna. Se ha señalado, además, reforzando la objeción contra esta tesis, que si se toma ‘placer’ como término psicológico empírico, es decir, con significado descriptivo, no puede servir para la función de encomio y prescripción que normalmente desempeña el lenguaje valorativo. En cualquier caso, el análisis de ‘X es bueno’ en términos hedónicos falla toda vez que del reconocimiento de la existencia de condicionantes o determinantes psicológicos

¹ Las observaciones que aquí hacemos son aplicables en lo esencial a otras tesis psicologistas, inclusive a teorías tan matizadas y comprensivas como la de Perry. Aquí no tocamos sino el caso del hedonismo, que es típico de este género de enfoque.

de los enunciados de valor no se sigue la posibilidad de reducir *bueno* a *placer*.

En forma análoga yerran y son filosóficamente desorientadores puntos de vista que se han mostrado tan penetrantes y fecundos en otros respectos, como el psicoanálisis y la teoría marxista de la ideología. Esto ocurre cuando se les convierte en tesis reduccionistas sobre el significado de los enunciados valorativos o cuando se extrae de ellos, sin los matices y distinguos que la mirada crítica aconseja respetar, conclusiones acerca del sentido de las formulaciones morales, jurídicas, estéticas y, en general, estimativas. Dicho sea esto sin perjuicio de reconocer y subrayar la importancia de los factores que esas tesis destacan como medios de lograr una más completa y segura interpretación del sentido de las cuestiones semánticas, aplicando una metodología atenta también a la vertiente pragmática del lenguaje. Sin obstáculo se concederá, en efecto, que el hecho de que nuestras atribuciones individuales y colectivas de valor resulten ser consecuencia de factores psicológicos y sociales subconscientes, y funcionen como mecanismos enmascaradores o justificatorios de apetitos e intereses, proporciona una información básica y un marco referencial de indudable utilidad para la comprensión cabal del fenómeno de la valoración y, concomitantemente, de la estructura y contenido de los enunciados en que esa valoración se formula. Pero aceptar tal hecho no obliga a reducir las conexiones de sentido que se establecen en los enunciados valorativos a relaciones que retratan la articulación de los impulsos individuales o las tensiones sociales, ni a anular, en consecuencia, la existencia de un sentido y de un uso propiamente valorativos de las palabras del tipo de 'bueno'.

Una razón central de la inoperancia de esta reducción es que la vigencia de tal sentido hace inteligibles justamente las tesis que comentamos. Si no hubiese un elemento semántico distinto al descriptivo —psicológico o social—, no cabría usar las expresiones valorativas para justificar intereses

o para encubrir apetitos. La racionalización de que habla el psicoanálisis, por ejemplo, sería un mecanismo ineficaz y ocioso en el plano de la conducta individual sin la significatividad valorativa de ciertas expresiones. Cosa semejante ocurriría, en el nivel social, vg., en las conductas de clase, con las construcciones ideológicas morales o jurídicas tomadas en la acepción marxista.

Despejada así la confusión de las cuestiones semánticas con las genético-causales, ella reaparece sin embargo con figura diferente amparándose en los nuevos planteos lingüísticos o como una derivación de éstos. Es bien sabido que actualmente se pone especial énfasis teórico en el uso del lenguaje. “Pregunte por el uso, no por el sentido” es la divisa de todos los enfoques que siguen la huella de Wittgenstein y que definen una línea revolucionaria en la filosofía lingüística. Los efectos benéficos de esta línea se han dejado sentir también en la axiología. Gracias a ella es posible hoy día afirmar el derecho propio de las expresiones valorativas a ser consideradas significativas a su manera. El uso da cuenta del sentido y lo rescata en su variedad, superando las reducciones a sentidos antes hegemónicos, sobre todo el descriptivo. Pero el caso es que allí mismo donde se reafirma la riqueza del lenguaje, se generan otros peligros de reducción. Puesto que la comprensión lingüística exige la determinación de los usos de las expresiones, entonces —se arguye— el sentido puede resolverse en el uso. El *cómo* y el *para qué* del empleo del discurso valorativo bastan como respuesta a las cuestiones semánticas. La teoría del uso, gracias a la cual el débil barco del sentido estimativo no sucumbió en las fauces de los Escilas del psicologismo, el sociologismo o el fisicalismo, a la postre lo precipita en las del Caribdis de un nuevo reduccionismo.

Pero la conclusión es precipitada. La teoría del uso no pide ni autoriza tal reducción. Sobre la base de sus formulaciones no se puede decir que el sentido de un término, como vg. ‘azul’, o de frases en que tal término aparece como

predicado, *consista* en *el* uso descriptivo correspondiente, con todas las concreciones que se quieran tomar en consideración, aunque el sentido se instaure y se determine mediante un uso concreto y se aclare gracias a la conciencia que ganamos de su empleo. En efecto, hay una mención que es inherente a la función de sentido de los signos con empleo descriptivo. Dicha mención es en este caso inseparable del sentido. Pero de otro lado están otras características del sentido de los términos de género diferente. No todos los signos, en concordancia con sus usos varios, comportan una mención como inherente a su función significativa. Sostener lo contrario sería regresar a la tesis nominativa (*naming theory*, en la terminología de los filósofos analíticos de lengua inglesa) del sentido, con sus limitaciones y deficiencias bien conocidas. Pero la falta de mención no supone falta de sentido, como lo pretendía la identificación positivista lógica de significado y verificación empírica, hoy superada. Esto equivaldría a hacer del sentido una exclusiva de las expresiones descriptivas. Tampoco supone, sin embargo —y aquí está el salto falaz— identificar sentido con uso. Los otros usos deben ser tomados como hilos conductores hacia diferentes sentidos cuya base está en las diferencias de la comunicación humana. Si hay, como nadie discute, usos valorativos múltiples, empleos no descriptivos o no preferentemente descriptivos —aunque tampoco emotivos u operativos— de enunciados del tipo de ‘X es bueno’, hay también formas del sentido que se identifican como peculiarmente valorativas.

¿Es ésta una afirmación gratuita? ¿No podría decirse acaso que lo que resulta claro es que hay usos diversos y no sentidos diversos, autónomos en cuanto instancias semánticas? La respuesta tiene que ser negativa para quien busca entender en qué consiste la diferencia de dos o más usos, diferencia que es justamente la piedra miliar de la teoría que nos ocupa. Dos usos no son ciertamente diferentes *sólo* porque operen con elementos semánticos diferentes; pero no pueden serlo *sin* la diferencia de esos elementos semánticos.

Es necesario, por consiguiente, que haya formas propiamente valorativas del sentido. Como Moore, buscando quizá otra consecuencia, lo vio sagazmente, no cabe calificar un uso, vg., de *moral*, sin aceptar tácitamente la existencia de un elemento semántico diferencial, de una peculiaridad de sentido que es lo que precisamente se pretende reducir a la mera praxis de la comunicación.¹

En resumen, cuando, sin atender a las reservas que impone la crítica lingüística, se acepta la equivalencia de sentido valorativo y uso valorativo y, en consecuencia, se pretende tratar las cuestiones semánticas en el modo o simplemente como versiones de las cuestiones relativas al uso, se da pie a una confusión filosófica tan nociva como las que hemos mencionado en primer lugar. De hecho, en ambos casos, se comete la misma falta lógica, pues la incorrecta aplicación de la teoría del uso no es ni más ni menos que una variante de la falacia genético-causal.

Vengamos ahora a la segunda clase de confusiones que nos interesa analizar. Se trata de la confusión de un tercer tipo de cuestiones, a saber, las de *fundamentación*, con las semánticas.² Las cuestiones de fundamentación se enderezan a las razones que pueden respaldar los enunciados de cualquier orden, a las bases de la validez³ de una afirmación expresada de manera inteligible (o, en su caso, de un sistema articulado de afirmaciones). Se responde a estas cuestiones mostrando las razones pertinentes y el método por el que éstas se conectan con los enunciados. Aplicadas al dominio axiológico, las cuestiones de fundamentación pueden

¹ Por esta observación se comprende que, contra semejante intento reductivo, tiene igualmente efecto el argumento de la reiteración, sobre el que no insistiremos.

² La historia de la epistemología muestra reiterados intentos de reducir las cuestiones de fundamentación a las genético-causales y los decisivos aportes de filosofías como la kantiana y la lingüística en la lucha contra confusiones de este tipo, que son el caso clásico de la falacia genética. Aunque también ocurre en axiología, aquí daremos por conocida esta otra confusión.

³ Usamos la expresión 'validez' y sus afines como 'validar' y 'validación', en su sentido epistemológico más lato, que incluye conceptos como verificación, prueba, convalidación y otros semejantes.

formularse del siguiente modo: *¿cómo se funda o cómo se valida* un enunciado de la forma 'X es bueno'?

La confusión que nos interesa poner de relieve se presenta con varias apariencias, de las cuales vamos a precisar dos a manera de ejemplo. La primera es consecuencia del intento de resolver las preguntas relativas al sentido de las palabras o frases valorativas, recurriendo a las razones que pueden aducirse para validar los enunciados del tipo 'X es bueno'. La segunda procede de la convicción de que habiéndose respondido a las cuestiones del sentido, no cabe plantear desde una perspectiva distinta las interrogaciones relativas al fundamento, las que así son reducidas a aquéllas. Dicho de modo sinóptico, en el primer caso se reduce sentido a fundamento y en el segundo fundamento a sentido. Como se advierte, hay una gran semejanza en ambas variantes, que se derivan de la equiparación de sentido y fundamento.

Ilustraremos el primer caso mediante ciertas opiniones expresadas por Stuart Hampshire al estudiar algunos tipos característicos de falacias morales. Aunque su argumentación se aplica específicamente a la problemática de los enunciados éticos, puede ser extendida sin dificultad a todo el campo axiológico. Vale la pena hacerlo, además, por dos razones: 1) porque Hampshire representa muy claramente la nueva orientación analítica que, por mediación de la teoría del uso, ha ampliado el horizonte de la comprensión del lenguaje ordinario y estimativo; 2) porque sus expresiones dan pie a la confusión que nos ocupa, a pesar de este enfoque y justamente cuando se busca librar al pensamiento ético de otras trampas lógicas. En efecto, una de las falacias que el filósofo inglés denuncia en su trabajo es la que se produce cuando se confunde fundamentación con deducción. Contra esto sostiene que los juicios morales apelan a razones, pero que la fundamentación en este caso no equivale necesariamente a una demostración o a una implicación formal.

Ahora bien, tan enfáticamente defiende Hampshire el papel del razonamiento en la moralidad, no obstante su crítica

de la deducibilidad de las conclusiones morales, que es arrastrado precisamente a la confusión que estudiamos. He aquí un párrafo suficientemente explícito al respecto: “Cuando como filósofos preguntamos cómo hay que categorizar o describir un tipo particular de enunciado, estamos preguntándonos por qué argumentación se establece y cómo justificamos su uso cuando el enunciado resulta objetado; explicar su lógica y su sentido es generalmente describir e ilustrar por medio de ejemplos el género de enunciados que son convencionalmente aceptados como fundamento suficiente para afirmarlo o rechazarlo”.¹ Más adelante, en una nota, hace esta aclaración muy explícita: “¿Qué significa decir que es inteligente?” se interpreta de ordinario como una cuestión igual a ‘¿Cuáles son sus razones para decir o por qué se dice que es inteligente?’ De modo similar, ‘¿Qué significa decir que esa era una decisión incorrecta?’ es la misma cuestión que ‘¿Por qué se dice que esa era una decisión incorrecta?’ Encontrar las razones diferentes en diferentes casos es encontrar el sentido de ‘incorrecto’, aunque *ninguna* serie de razones es el sentido”.²

Como se puede notar sin dificultad, aquí la cuestión del sentido ha sido subrepticamente asimilada a la cuestión de los fundamentos. El argumento podría ciertamente limitarse —neutralizando así su peligrosidad— a la afirmación de que basta conocer las razones por las cuales se usa una expresión para conocer su sentido, en donde el *por qué* de la aserción funcionaría como *ratio cognoscendi* del sentido. Pero por la pendiente que dejan *abierta* los párrafos citados se llega a conclusiones más extremas, como, por ejemplo, la de que sólo cabe determinar el sentido de una expresión en base a las razones de su empleo y, por tanto, que la cuestión del sentido se resuelve en la de cuáles son las razones del uso de una expresión. Desembocamos, finalmente, en la identi-

¹ S. Hampshire, “Fallacies in Moral Philosophy”, *Mind*, 1949, p. 473.

² *Id.*, p. 477.

cación¹ de los componentes significativos con los fundamentos de la validación.

Contra esta equiparación se podrían observar varias cosas. En primer lugar, siguiendo la línea de una suerte de reducción al absurdo, se argüirá que ciertas posiciones axiológicas conciben muy bien una cuestión sin la otra. Teóricamente es posible rechazar el concepto de una validación de las frases valorativas sin dejar de reconocerles algún tipo de sentido. Por ejemplo, un emotivista extremo descarta ciertamente la existencia de cuestiones de fundamentación con respecto al lenguaje valorativo, pero no duda de que las expresiones de tal lenguaje tengan un uso bien determinado y sirvan por su sentido a los fines de la comunicación.

En segundo lugar, puede decirse que, en rigor, la identificación que analizamos es una variante de la teoría verificacionista del sentido. No vamos a repetir aquí la bien conocida argumentación que ha debilitado enormemente y hace hoy prácticamente inaceptable este punto de vista doctrinario. A dicha argumentación debe sólo agregarse la constatación de que el aceptar la reducción llevaría a sostener que siempre que alguien juzga valorativamente sabe que el enunciado que formula es correcto o incorrecto, o que hay un modo de saberlo, lo cual convierte, vg., la desorientación moral en una forma de insinceridad. Además, en este supuesto, si un sujeto tiene dudas sobre las razones que soportan su enunciado, tendría de hecho dudas sobre lo que está diciendo, aunque le parezca que usa normalmente palabras del tipo de 'bueno', 'malo', etc. Obviamente esto no es el caso. Una duda sobre el significado no surge necesariamente de una duda sobre la validación y su método, aunque ambas pueden estar íntimamente vinculadas.

Vengamos ahora a la segunda forma de esta confusión que, como hemos dicho, es inversa de la que acabamos de ver. En este caso se pretende reducir las cuestiones de fundamentación a las semánticas, con lo cual se da carácter primario y

¹ Que, dicho sea en honor a la verdad, Hampshire no hace.

definitivo a las interrogaciones que inquietan por el sentido de las expresiones valorativas. Una vez planteadas y resueltas, éstas, de suyo, generarían respuestas tocantes a las bases y razones que permiten validar una expresión.

La experiencia valorativa no parece respaldar esta reducción. ¿Qué ocurre, en efecto, cuando sostenemos, por ejemplo, *que X es bueno si está de acuerdo con la voluntad de Dios?* Esta afirmación comporta: 1) que estamos afirmando la bondad de X; 2) que estamos ligando la bondad y la atribución de bondad a la voluntad de Dios. Ahora bien, si se diera el caso de que ignoramos cuál es la voluntad efectiva de Dios o —yendo a un extremo que no es insólito en la experiencia moral— que nadie sabe ahora, ni podrá nunca saber cuál es esa voluntad, resultaría que no podemos saber si aquello a lo cual estamos atribuyendo bondad concuerda con la voluntad de Dios y, por ende, si es efectivamente bueno. ¿Tampoco sabremos, en ese caso, qué queremos decir cuando llamamos bueno a X? Si nos basamos en la experiencia común del lenguaje nada exige esta consecuencia. Por tanto, la cuestión de la validez y la cuestión del sentido quedan bien separadas, sin perjuicio de las vinculaciones que se reconocen entre la atribución del valor y las razones que la sustentan.

Aun en el marco de una tesis reduccionista, la identificación no es conclusión necesaria. Tómese, por ejemplo, una teoría como la de Herbert Spencer, según la cual el significado de ‘bueno’ puede ser analizado en términos naturales, físicos y biológicos, dentro del concepto de adaptación al medio. Tiene, sin embargo, un remate hedonista, vinculado precisamente con la cuestión del fundamento. Nada hay de contradictorio ni de extraño en este proceder. Cabe perfectamente suscribir un planteo naturalista objetivo en la cuestión del sentido y, sin conflicto, recurrir a una explicación psicológica de los enunciados valorativos en su pretensión de validez. Se puede afirmar, vg., que el significado de ‘X es bueno’ es perfectamente traducible en términos de adapta-

ción al medio y, no obstante, referir la validación del enunciado a las vivencias de placer que experimentan los sujetos valorantes. En tal caso, conducta buena querría decir cosa semejante a conducta adaptada, pero el fundamento de la bondad y, al mismo tiempo, la *ratio cognoscendi* de la justa atribución de bondad, no sería necesariamente la adaptación sino el placer. El desarrollo completo de esta conexión implica el sostener que una conducta es adaptada *porque* produce placer o sólo *en cuanto produce* placer y, al mismo tiempo, que es buena por el placer que produce. No interesa aquí obviamente la verdad o falsedad de esta tesis de corte spenceriano; se trata sólo de mostrar a través de ella la independencia lógica de las cuestiones que estamos considerando.

Marquemos, finalmente, un hecho muy importante desde el punto de vista de la experiencia del dolor. Como hemos mostrado en la discusión anterior, la independencia señalada no es constatación extraña a las experiencias valorativas comunes, que son generalmente derivadas. Pero es casi imperativa en las vivencias originarias que llamamos *protovaloraciones*¹. Por no existir en este tipo de experiencia patrones establecidos de valoración, el sujeto valorante está librado a sus propios recursos espirituales. Su situación es la típica de la vivencia de creación. Pues bien, en tal coyuntura él sabe qué significa con el lenguaje al atribuir valor a algo, pero no sabe necesariamente de qué modo y sobre qué bases logrará hacer válidas para todos las afirmaciones en que formula sus apreciaciones. Y puesto que está en plan de atribución de valor, la intersubjetividad es un elemento indispensable, que, por tanto, no puede ser suprimido.

Si las distinciones que hemos considerado en todo lo anterior han quedado bien establecidas, no hay ya lugar para estas confusiones que han afectado la teoría axiológica. Las cuestiones semánticas, las cuestiones genético-causales y las cuestiones de fundamentación tienen que ver con aporías

¹ Cf. nuestro ensayo "Notas sobre la experiencia del valor". *Dianoia*, México, 1967.

perfectamente definidas o susceptibles de ser definidas por el análisis conceptual, lo cual lleva una consecuencia importante que toca al alcance explicativo de las teorías axiológicas. Mientras el deslinde no ocurre, puede esperarse abordar con éxito mediante un solo tipo de teorías todos los problemas axiológicos. Cuando no es causa de dificultades adicionales, este proceder impide, sin embargo, un adecuado planteo y una cabal solución de dichos problemas. Se hace claro ahora, por el contrario, que la diferencia de las cuestiones demanda eventualmente, si no siempre, enfoques teóricos diferentes.

SUMMARY

The aim of this article is the examination of two confusions which constitute serious epistemological obstacles for the development of the philosophy of value.

The first of these two confusions is that between *semantical* questions, such as: What does it mean (or what is the sense of) an expression having the form 'X is good'?, and the so called *genetic-causal* questions concerning when, where, what for or why expressions of the form 'X is good' are stated. If one does not make a distinction between these two kinds of questions one can easily fall into a genetic-causal fallacy.

Subjectivistic hedonism falls into such a confusion. It doesn't distinguish between two different sorts of facts: the fact that something is considered to have a certain value because it has as a result an experience of pleasure, and the semantical, and completely different fact, that an assertion about the value of something is equivalent to an assertion about experiences of pleasure. This same confusion also appears in some other subjectivistic views, even if they are so clearly stated and variegated as it is the case with Perry's theory.

It is easy to upset such a view by applying the open question argument. In fact it is possible to predicate 'good' of the *definiens* itself without any danger of redundancy. In addition, one should notice here that when 'pleasure' is taken as an empirical-psychological term, it cannot be used to perform the function of praise and prescription that is usually performed by the language of value.

Some other reductive attempts are also objectionable on the same basis, for example, those coming from the theory of psychoanalysis and the marxist theory of ideology. To accept that all moral, juridical and aesthetic statements (and in general all evaluative expressions) reflect inner drives and serve interests of a social class, does not compel us to reduce the connexions of meaning given between value judgements to relations which depict peculiar psycho-social articulations. One should also notice, on the other hand, that if there were not a semantical element different from the descriptive one—either psychological or social—it would be impossible to use value expressions to justify interests or to cover inner drives as it is postulated by the theories we are criticising here.

A quite modern version of this confusion—which is being fed by the most recent linguistic trends—consists in assuming that the

evaluative sense of a value expression may be identified with its use. Against this thesis one must emphasize the difference between use and sense, without any danger of having to reject the idea that the sense of an expression is rooted in its use. It is true that two uses may be different not only because they operate with different semantical elements, but it is also true that they could not possibly be so if there wouldn't be any difference between these semantical elements. Therefore, it is necessary that there should be peculiar kinds of meaning which are properly evaluative. When this distinction is not respected one falls into a genetic-causal fallacy.

The next step in this paper is an examination of the confusion between questions concerning the *foundations* (or rational justification) of an expression, and semantical questions. The former are directed towards the reasons upon which statements of any kind, and in this particular case statements of the form 'X is good', are grounded.

There are mainly two versions of this confusion. The first one occurs when they try to reduce questions concerning the sense of the language of value to questions about the reasons that may be adduced in order to validate statements of value. The second confusion consists in reducing questions concerning the foundations of value expressions to semantic questions. The former kind of confusion may be illustrated by some opinions expressed by S. Hampshire when he examines some typical moral fallacies. In Hampshire's argumentation, questions concerning the sense of an expression almost resolve into questions concerning the reasons for the use of an expression. This makes possible an almost complete identification between the meaningful components of an expression and the grounds for its validation. In order to upset this view one should notice here: 1) that the concept of validation is theoretically distinguishable from the concept of sense, and this can be shown by the fact that some axiological theories accept the former and reject the latter; and 2) that when this identification is analysed, it appears like a version of the verification theory of meaning and therefore, all the well known arguments against the latter are also applicable against the former. To accept this reduction would imply the necessity of supporting the idea that when somebody makes a value judgement he knows that the statement he is formulating is right or wrong, or at least that he has a means of knowing this. Under this supposition, if someone has any doubts about the reasons on which his statement is grounded, he would actually have doubts about what he is saying. Obviously all this is not true.

The second form of the confusion we are considering here, is

analysed on the basis of the possible distinction between a theological thesis concerning the grounds on which morality is justified, and a thesis concerning the meaning of moral expressions. It is pointed out, in addition, that the identification in question is not required not even in the case of a reductionist thesis like, e.g. Spencer's naturalism.

Finally, the independence of both questions is required for the purpose of evaluation at the level of ordinary evaluations, which are usually derivative. It is because there are no established patterns of appraisal in *protoevaluations* that the subject which makes a value judgement can only make appeal to his own spiritual resources. In such a situation, he knows what his language means when he attributes value to something, but he does not necessarily know how or on which grounds he will succeed in making valid for everyone the assertions by means of which he expresses his appreciations.

Once the above mentioned objections are accepted, one may reject two of the confusions which have affected the axiological theory. Semantical questions, causal-genetic questions and questions concerning the foundations, have to do with theoretical difficulties (*aporia*) which are perfectly defined or else can be easily defined by means of a conceptual analysis, and this has an important consequence concerning the explicative import of axiological theories. As long as the determination of boundaries does not occur, one could expect to attack with success all axiological problems by means of a single kind of theory. If this way of proceeding is not the cause of additional difficulties, it blocks at least the possibility of stating adequately the axiological problems and so of finding a thorough solution to them. It is clear now that sometimes, not always, the diversity of questions demands different theoretical approaches.